

Inspector
Salazar
3

A man in a dark trench coat and a fedora hat stands in a dimly lit room. He is holding a folder or a stack of papers under his left arm. The lighting is dramatic, with strong highlights on his face and the folder, and deep shadows elsewhere. The background is dark and indistinct.

**AQUÍ HAY
GATO ENCERRADO**

M. J. Fernández

La comisaría de «San Miguel» concentra sus esfuerzos en la investigación del secuestro de un niño en Haro (La Rioja), mientras el inspector Salazar se encuentra en una asignación especial. Cuando el desarrollo de los acontecimientos culmina en un desenlace y uno de los secuestradores aparece muerto con una nota suicida atribuyéndose la culpa, el comisario Ortiz comienza a recibir presiones para que cierre el caso. Ante su negativa él mismo resulta extorsionado y se ve obligado a llamar a Néstor para pedirle ayuda. Salazar abandona la asignación para ayudar a su hermano, pese a las consecuencias que puede acarrearle tal decisión y se avoca a una investigación contra el tiempo que no admite fracaso porque está en juego la vida de alguien muy importante para él...

AQUÍ HAY GATO ENCERRADO

M. J. Fernández

*«No hay contra el desleal seguro puerto,
ni enemigo mayor que el encubierto».
Alonso de Ercilia y Zúñiga.*

PRIMERA PARTE

Capítulo uno

Isaura miró en dirección a la puerta de la calle por décima vez en el último minuto. En la medida en que la oscuridad ganaba terreno en el exterior, la angustia invadía su ánimo. ¿Dónde estaría su pequeño? Después de la escuela debía recibir una clase de violín en el Conservatorio de Haro. Aunque Ismael no se sentía especialmente atraído por la música, su padre había insistido en que la estudiara como parte de su formación, así que acudía a clases para aprender a tocar un instrumento dos veces por semana, después de la escuela. Lo acompañaba su amiga Lidia, quien estudiaba piano.

El chófer de los padres de Lidia los recogía a la salida de clases y los llevaba hasta el Conservatorio, donde esperaba que terminaran la lección del día para regresarlos a casa. Esa tarde, al ver que Ismael se había retrasado, Isaura llamó a la madre de Lidia. Se llevó una desagradable sorpresa al enterarse de que su hijo no había querido acompañar a su amiga a la clase de música después de la escuela, sino que se marchó por su cuenta, nadie sabía hacia dónde.

Isaura se preguntó si debía avisar a Jorge acerca de la decisión del chiquillo de hacer novillos, pero decidió esperar. Después de todo, ella opinaba que su esposo era demasiado exigente con el chico, quien a sus catorce años, ya comenzaba a mostrar algunos gestos de rebeldía que eran normales. Alguien debía mantener las líneas de

comunicación abiertas si no querían que se distanciara, como había ocurrido con Felipe.

Cambió de opinión cuando las horas transcurrieron sin haber tenido ninguna noticia del niño. Lo había llamado a su móvil al menos quince veces, pero siempre respondía la grabación que le anunciaba que el teléfono estaba fuera de servicio y que lo intentara más tarde. ¿Dónde se había metido ese crío? La desobediencia de Ismael le causó irritación, que con el paso de las horas dio lugar al enfado, y cuando asomó la noche, después de las diez, lo que sentía era una profunda angustia. Aquello no era normal. Algo debió pasarle a su hijo.

Isaura sintió un fugaz alivio al escuchar las llaves girar en la puerta. Su alegría se vino abajo cuando comprobó que no se trataba de Ismael. Era Jorge, con expresión de enfado. Después de mucho dudar, decidió llamarlo. Una cosa era una pequeña travesura y saltarse una clase de violín. Otra muy distinta quedarse en la calle hasta la noche, sin que ellos supieran dónde estaba. ¡Que solo tenía catorce años!

—¿Ha aparecido?

—No. ¿Dónde crees que puede estar?

—¡Cómo quieres que yo lo sepa! —dijo Jorge alzando la voz—. Debiste llamarme en cuanto supiste que había hecho novillos.

—Eres tan exigente con él —argumentó Isaura—. No quise mal ponerlo contigo.

—Pues mira para lo que ha servido. Las diez de la noche y el crío de picos pardos. ¡Cómo me entere de que ha estado en un botellón, bebiendo, o algo así!

—¿Lo crees? Pero si es solo un chiquillo.

—Ahí tienes a su hermano. No hace una buena. Con semejante ejemplo, cualquier cosa es posible.

—Temo que le haya podido ocurrir algo.

—¿Algo como qué?

—No lo sé, Jorge. Siento algo aquí —dijo, mientras se señalaba el pecho con el puño—. Hasta que no lo vea aquí de nuevo, sano y salvo, no podré estar tranquila.

—¿Has llamado a sus amigos?

—A todos. Ninguno sabe nada.

—¿Y a Felipe?

—Lo acabo de llamar. Me dijo que él tampoco sabe dónde está. Viene hacia aquí.

Como si lo hubiera invocado, Felipe cruzó la puerta de entrada. Era un joven veinteañero, con aspecto desgarbado, ropa de marca y el rostro lleno de acné.

—¿Alguna novedad? —preguntó en cuanto puso un pie en la sala.

—Ninguna. ¿Tú sabes algo?

—Nada —respondió Felipe, con una seriedad poco habitual en él.

—¿Estás bien, hijo? —preguntó Isaura—. Tienes mala cara.

—Bien. Es que me preocupa que no se sepa nada del «Chinche». No es propio de él desaparecer así. Y menos a estas horas.

—Ya está bien —se quejó Jorge—. No preocupes más a tu madre. Lo más probable es que se haya quedado en casa de algún amigo jugando y se les haya ido el santo al cielo con la hora.

—Ya te dije que llamé a todos sus amigos, Jorge —protestó la madre—. No está con ninguno. ¿No crees que deberíamos llamar a la Policía?

—No digas tonterías. Estará con algún chico que no conocemos. ¿O eres tan ingenua que crees que nos lo cuenta todo?

El timbre del móvil de Jorge interrumpió sus razonamientos. La llamada provenía de un número oculto. Con el corazón en la boca, respondió.

—¡Aquí Jorge Rivero! ¡Diga!

–Señor Rivero. Seré muy concreto. Tengo noticias de su hijo.

–¿Quién es usted? –preguntó el padre, mientras esquivaba la mirada de su esposa–. ¿Dónde está Ismael? ¿Está bien?

–Está bien, de momento. Nos lo hemos llevado. Si lo quiere de vuelta tendrá que pagar. Y nada de policías.

–¡Lo que usted diga, pero por favor, no le haga daño! ¿Qué quiere? –preguntó con la voz quebrada, mientras observaba a su esposa palidecer hasta quedar lívida.

–Lo volveré a llamar –respondió el secuestrador con voz cortante antes de colgar.

–¡Espere! ¡Oiga! ¡Quiero hablar con mi hijo! ¿Oiga?

Jorge separó el móvil de su oreja, justo a tiempo para ver cómo Felipe sostenía a su madre, que acababa de perder la conciencia.

Capítulo dos

Sofía apenas tuvo tiempo de cruzar el umbral de su piso, cuando su móvil comenzó a sonar. En la pantalla apareció el nombre de Lali. Aquello solo podía tener un significado: más trabajo. Las últimas semanas le habían parecido agobiantes. En la medida que avanzaba junio, el calor se hacía más y más insoportable, los días ya eran demasiado largos y los casos le parecían más rutinarios, quizá hasta aburridos. Se había pasado los últimos días escribiendo informes acerca de hurtos en tiendas, redadas en clubes «de alterne» y denuncias por alguna que otra pelea vecinal, o doméstica. Lo más interesante de la semana había sido el robo de un anillo de compromiso, que una vecina había dejado sobre la mesa del desayuno en la terraza de su propia casa. Entró a la cocina para rellenar la cafetera y a su vuelta el anillo había desaparecido. Lo más extraño era que vivía sola. Todo un misterio. Resolvieron el caso gracias a Diji, que aconsejó instalar una cámara de vigilancia en la terraza y colocar otro anillo para tentar al ladrón. Cuál no sería la sorpresa del equipo cuando descubrieron que el culpable era un cuervo, que atraído por el brillo de la joya, se la había llevado. Así que llamaron a la Sociedad Protectora de Animales para que se hiciera cargo. Los sospechosos con plumas no estaban bajo su jurisdicción.

Sofía no quería reconocerlo, pero echaba de menos a Néstor. Cuando él estaba, hasta los casos más simples le parecían interesantes. Su irreverencia y su humor le daban

una chispa de color al trabajo más rutinario. El teléfono insistió en atraer su atención.

–Dime Lali.

–El comisario me pidió que te llamara. Ha surgido una emergencia. Quiere que te reúnas con él. Te envió la dirección.

–¿Te dijo de qué se trataba?

–No, solo que te dieras prisa. También me hizo comunicarme con el subinspector Cheick.

–De acuerdo. Voy para allá.

Sofía colgó y enseguida recibió un mensaje con la dirección. Se trataba de un barrio muy cercano a la comisaría, pero que era muy diferente a San Miguel. Después de llenar el comedero y cambiar el agua de Flecken, su gato, le hizo una rápida caricia detrás de las orejas y volvió a salir a la calle. Aquel pequeño felino era toda su familia en Haro. Era especial para ella, entre otras razones porque se lo había regalado Néstor, pues era una de las crías de su gata, Paca.

Una vez en la calle, no le llevó mucho tiempo encontrar un taxi. Por suerte no había mucho tráfico y llegaron a la dirección señalada al cabo de veinte minutos. Sofía se apeó del coche, dejándole una buena propina al chófer. Se encontraba en una calle ciega que subía por una colina, detrás de San Miguel. En un lado de la calle había un mirador, desde donde pudo contemplar las luces de toda la ciudad a sus pies. Pese a que siendo de noche no podía precisar mucho más, la vista le pareció extraordinaria. La perspectiva desde aquel lugar le hizo sentir que la ciudad estaba viva. A sus espaldas se encontraba el chalet donde debía estar esperándola el comisario Ortiz. Decidió no retrasar más su llegada. Si la habían llamado después de terminado su turno, era porque se trataba de un asunto muy serio.

Le abrió la puerta una chica con cofia y delantal. ¿Aún se llevaban esas cosas? En todo caso, después de identifi-

carse, la joven la invitó a pasar.

–La están esperando, subinspectora. Pase, por favor.

–Gracias.

Sofía entró al salón. Sentados en un sillón se encontraban un hombre y una mujer de mediana edad, con toda probabilidad, los dueños de la casa. La mujer lloraba con desconsuelo y el hombre la abrazaba, tratando de calmarla. Frente a ellos había un adolescente con expresión preocupada. Con los codos apoyados en las rodillas, se frotaba las manos con nerviosismo, y lanzaba miradas furtivas a ambos lados, mientras mantenía la cabeza baja.

El comisario Ortiz estaba de pie en el medio de la sala y su corpulencia parecía suficiente para llenar todo el espacio. Por si fuera poco, a su lado se encontraba Diji, su compañero subsahariano, con sus casi dos metros de estatura, sosteniendo una libreta y un lápiz. Por un momento, Sofía se sintió como una liliputiense entre aquellos dos gigantes.

–Buenas noches, Sofía –la saludó el comisario–. Me alegra que hayas podido venir con tanta celeridad. Y perdona, porque sé que hoy no tienes guardia, pero me interesa mucho tu punto de vista en este asunto.

–No tiene que disculparse, comisario, estoy a su disposición. ¿De qué se trata?

–De un secuestro. Con más exactitud, del secuestro del hijo menor de los señores Rivero, aquí presentes.

–¿Cómo ocurrió?

En pocas palabras, Jorge Rivero narró los acontecimientos de aquella tarde, mientras su esposa se deshacía en llanto.

–Fueron muy concretos. Me advirtieron que nada de policías. Aun así los he llamado porque tengo muy buenas referencias de su comisaría y sé que hicieron un gran trabajo con la ola de suicidios entre jóvenes que se desató hace algunas semanas. Sin embargo, he decidido que ce-

deré a las exigencias de los secuestradores, no importa cuáles sean. No pondré en peligro la vida de mi hijo.

–Lo comprendo, señor Rivero. Nuestro principal interés también es evitar que Ismael sufra ningún daño, así que seremos muy discretos, pero necesitaremos su colaboración.

–Por supuesto. ¿En qué podemos ayudar?

–En primer lugar, requerimos su permiso para intervenir su teléfono, así podremos grabar a los secuestradores cuando vuelvan a llamar.

–¿Cree usted que llamarán?

–Estoy seguro. Si han raptado a su hijo es porque quieren algo de usted. La primera llamada fue para notificarles que la ausencia de Ismael es consecuencia de un secuestro, pero querrán establecer sus condiciones.

–¿Por qué tardan tanto en volver a comunicarse?

–Porque quieren ponerlo nervioso para hacerlo más receptivo a sus exigencias. Para entonces debemos tener intervenidos los teléfonos, eso nos permitirá obtener pistas sobre los secuestradores.

–Por supuesto que no pondré ningún impedimento para ello. ¿No necesitan la orden de un juez, o algo así?

–Solo si no tuviéramos su permiso.

–¿Cree que nuestro hijo estará bien? –preguntó Isaura con los ojos llenos de lágrimas.

–Solo puedo especular, señora. Me gustaría poder decirle que sí, pero eso dependerá mucho de quiénes sean los secuestradores y también de qué es lo que pretenden. ¿Tiene usted enemigos, señor Rivero?

–Soy músico profesional, comisario. No es un mundo donde se corran muchos riesgos.

–¿Conoce usted a alguien que pudiera ser capaz de hacer algo así?

–La verdad es que no se me ocurre nadie.

–¿No le resultó familiar la voz de la persona que lo llamó?

—No, en lo absoluto.

—¿Era hombre o mujer? ¿Joven o viejo?

—Era hombre y parecía joven, pero no puedo decirle nada más.

—¿Algún acento?

—No.

—Entonces podría ser de la zona: jarrero.

—Sí, yo diría que sí.

—Bien —dijo Ortiz, concluyendo el interrogatorio y asegurándose de que Diji había tomado nota de todo lo hablado en aquella sala.

—Hay algo más, comisario.

—Usted dirá.

—Me gustaría que el encargado de encontrar a mi hijo sea el mismo policía que resolvió aquellos casos de los suicidios.

—El inspector Salazar.

—Sí, ese.

—Siento no poder complacerlo señor Rivero, pero en este momento el inspector Salazar no se encuentra en servicio activo.

Capítulo tres

Ortiz hizo algunas llamadas dando órdenes y moviendo hilos mientras se encaminaban a la comisaría. Por común acuerdo con el señor Rivero, se decidió que él y Diji abandonarían el chalet lo antes posible y llevarían a cabo la intervención de las comunicaciones desde la compañía telefónica. No querían que los secuestradores sospecharan que la familia había denunciado el rapto a la Policía. Sofía, sin embargo, se quedaría con las víctimas para darles instrucciones. Se haría pasar por una amiga de la madre.

Una de las llamadas que llevó a cabo el comisario fue a su secretaria, Lali, para que se comunicara con los demás oficiales en activo, con la orden de reincorporarse aquella misma noche, sin importar si estaban o no de guardia. La vida de un niño corría peligro, así que no sería él quien escatimaría esfuerzos.

El inspector Toro debía reunirse con él y Cheick en la compañía de teléfonos. El inspector Pedrera y su ayudante, el subinspector Rodríguez permanecerían en la comisaría, por si era necesario llevar a cabo alguna investigación simultánea. Por un momento estuvo a punto de decirle a Lali que llamara a Néstor, luego recordó que no podía hacerlo. ¡Cómo echaba de menos a su hermano! ¡Quién hubiera pensado que lamentaría no poder trabajar codo a codo con Salazar, el mayor incordio que había tenido que soportar en su vida! Aunque debía reconocer que después de haberse ganado el perdón de su hermano, su actitud hacia él era más llevadera. Todavía le respondía en